

La memoria personal y un carrusel de imágenes evocativas

Albert Torés

Juan José Téllez

Los amores sucios

Col. Verso&Cuento,

Ed. Aguilar, Barcelona, 2021

A estas alturas de la película, resultaría tan extraño como injusto, descubrir al gran escritor que es Juan José Téllez. Sin embargo, es justo reconocer que nuestro autor, periodista, novelista, ensayista, poeta y comprometido intelectual ha guardado prudente silencio en estos últimos años. Circunstancia que no obedece en nada al propio quehacer creativo sino al comportamiento honesto, ético y cívico de Téllez. Recordamos que su responsabilidad como director del Centro Andaluz de las Letras desde 2012 hasta su recurrido cese en 2019 se centró en una labor esencial que fue la difusión de la literatura y autores andaluces, predicando con el ejemplo - muy poco común por otro lado- de mantener el ámbito público alejado del privado. Un cese absolutamente arbitrario e improcedente, como se demostrará en su momento, sin que ello signifique en absoluto cuestionar la valía de Eva Díaz Pérez.

Por consiguiente, la grandeza del escritor se hace mayor con su dimensión humana. Un aval sólido que por sí sólo podría ser garantía para aspirar a un reconocimiento nacional e internacional, pero además, estamos ante un poemario que cumple desde el primer verso con los parámetros de la excelencia poética: riesgo, experimentación, ritmo, concepción, técnica, pasión, conocimiento. La crítica, me refiero a la que no se rige por listas negras ni imposiciones mercantiles, conoce y reconoce la obra poética en concreto de Juan José Téllez. Basta nombrar a Mercedes Escolano, Felipe Benítez Reyes, Caballero Bonald, Eduardo Galeano o Luis García Montero para dar cuenta de ello.

Si nos atenemos a la nota descriptiva de la contraportada: “*Los amores sucios* es una colección de fotogramas desordenados que, superpuestos, dan lugar a una imagen de imágenes que cuenta la historia de cómo nos enteramos, poco a poco y a golpe de experiencia, de que el amor es menos noches de boda y besos desarmados y más labios urgentes y días después. Y de cómo pasa el tiempo y uno concluye que, aunque de



segunda mano, ese amor sigue valiendo la pena”, podría decirse que los 50 poemas que conforman el libro son cantares y contares sobre el amor, pero se registran en la memoria del amor, en su reflexión más libre y abierta, en sus espacios y tiempos, congruencias y efectos. Pero además con una vocacional musicalidad que subyace como inquietud del poeta y se fundamenta como eje vertebrador. Una musicalidad que va del consejo al deseo y se centra en la hipótesis como fuente de presente, conocimiento o reconocimiento del pasado para plantarse ante el futuro con ciertas garantías. Con belleza y precisión lo escribió Lamartine: “La imprenta es el telescopio del alma...”. Telescopio que nos comunica con el secreto pensamiento del pasado, con la actividad del presente y el misterio del futuro. Por esta razón, la memoria se nos antoja primordial en este itinerario donde el amor, acaso la poesía, es vida, vida íntima y experimentación donde el paso del tiempo aportará serenidad y duda a partes iguales, una referencia ineludible de la contradicción como ley inequívoca de la condición humana y por tanto del amor. “*Ya que daña la verdad,/mentí más a quien más quise/para que huyera de mi peligro/o librarme tal vez de su certeza*”, nos escribe en el poema “Veritas”. El propio autor nos confiesa que la poesía es algo espontáneo y se nutre de vida. Nos afirma que la poesía no sirve absolutamente para nada pero acto seguido considera que es un acto revolucionario ante el capitalismo. De nuevo la paradoja, constante y hasta cínica y con ella por los ventanucos o ventanales de la cotidianidad se deslizan grandes amores, embrujos, historias, destellos que discurren en una doble dirección de miradas al pasado y promesas al futuro. En el poema “Un amor maduro”, podemos constatarlo: “*A veces recibíamos fantasmas del pasado/como cartas perdidas en los buzones del tiempo, / pero sabíamos de sobra que el momento presente/era nuestro rumbo y quizá nuestro destino*”.

En otras ocasiones, las señas del pasado se visualizan en libertinas imágenes y en “turbios andenes cargados de tabaco”, algo que existió y que hoy cuenta hasta con sus leyes en contra. Téllez, desde sus inicios, como buen escritor y poeta se fundamenta en la poesía como un acto de riesgo. Nos lo expresa firme y elegantemente en el poema “En respuesta a un mensaje”: “*Es peligroso claro: la vida misma acecha. / Por la ruta del limbo no llegarás allí*”.

Si el flujo de la contradicción aparece y el amor tiene mucho de física y química, que apuntara Severo Ochoa, tampoco ha de extrañar que lo concerniente al amor se perciba como una montaña rusa. Pero además Téllez es cosmopolita por naturaleza, inquieto en sus deseos de saber y su verso es tan envolvente como conceptual, tan interdisciplinar como esperanzador, tan metafóricamente urbano como anímicamente universal. Rendirá homenaje a los grandes patrimonios de la humanidad, la literatura (desfilan en otras numerosas referencias títulos de libros como *Buenos días, tristeza* o *Donde te lleve el corazón*, Lorca, Hernández, Celaya), la música (esencial en la poética del poeta gaditano, Luis Eduardo Aute, The Rolling Stones con ese insuperable tema de “Sympathy for the Devil” y por tanto nuevas resonancias literarias de aquella obra de Mijaíl Bulgákov *El maestro y Margarita*), el cine (su propia atmósfera o películas como el “Jinete pálido” “Un tranvía llamado deseo”), la pintura (con aquel cuadro de Edward Hopper “Los halcones de la noche” que tantas generaciones poéticas ha inspirado, los retratos de Tamara Lempicka), los proverbios, la filosofía (a través de

Gramsci y Carl Jung con ese juego de espejos y sombras que va guiando la aventura de *Los amores sucios*). El propio poeta nos hace partícipe del amor como combate en esa línea de la tristeza imprescindible para que exista la alegría, la melancolía necesaria para saber apreciar el entusiasmo y el desamor como contraste en el que se nos muestra el amor, dicho de otra manera, para creer hay que descreer y ello implica transitar entre pérdidas y conciencias, utopías y distopías. Es el gran aporte de Juan José Téllez, porque asume como propio aquella idea de Albert Camus en virtud de la cual la grandeza del escritor está en su compromiso con la verdad y la libertad a lo que suma la función referencial de la palabra justa, la palabra buscada, la palabra meditada.